

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

ADRADOS, F. R., *El reloj de la Historia. Homo sapiens, Grecia Antigua y Mundo Moderno*, Madrid, Ariel, 2006, 847 pp.

Sin duda se trata de un caso excepcional el representado por el autor de este libro, que, como figura muy destacada de la Filología Griega, se propone ahora ofrecer una nueva teoría de la Historia, en una obra que se ofrece como resultado de una vida de reflexión, y no sólo como meta de una larga labor historiográfica. Desde esa plataforma se emprende la labor de dar a conocer lo que sólo podría definirse a partir de los parámetros contrarios a los de la monografía, es decir, una visión de la Historia total o una visión totalizadora de la Historia. El protagonista es, pues, la comunidad de los humanos, con presencia de todo lo que caracteriza al género humano, en una perspectiva progresista que le permite afirmar que éste ha alcanzado hoy una etapa superior a todas las anteriores. Sin embargo, su dedicación a la Grecia clásica asoma desde los planteamientos iniciales, cuando considera que su Historia puede definirse como la de un momento único en la Historia del mundo, metodológicamente necesario para explicar el todo. Entre el todo, la humanidad, y la parte protagonista, la Grecia clásica, el autor se mueve en una dicotomía entre pasado y presente, cuando recurre como eje a las experiencias vividas, como hombre que ha sabido experimentar y tomar parte del presente. Sus experiencias, como profesional de la Filología Clásica y como hombre que ha vivido a fondo la turbulenta historia de la segunda mitad del siglo XX y de los inicios del XXI, constituyen así una unidad. Como contenido, la diversidad se entiende en la unidad del género humano. Como síntesis, la obra supera la especialización en la totalidad.

La tesis fundamental del libro consiste pues en erigir la civilización griega y su proyección occidental en eje de la Historia, incluso de la de aquellos que pueden considerarse como “enemigos de Occidente”. En el momento de ofrecer una síntesis de las grandes culturas de la Historia (pp. 189-197), los criterios clasificatorios se basan en las relaciones de cada una con el mundo griego. Al conjunto de la Historia se le puede aplicar la teoría de las alternancias entre el ying y el yang, entre apertura y cierre, procedente de la cultura oriental, con lo que el autor intenta fijar una concepción sintética, donde se interfieren los valores contrapuestos dentro de un espectáculo riquísimo. El resultado de tal alternancia es una Historia brillante y peligrosa, con cambios y transformaciones que revelan una gran vitalidad. En el desarrollo histórico, el autor enuncia al mismo tiempo una teoría de las culturas, en la que, contra el multiculturalismo, se vislumbra el protagonismo de Occidente, como continuación del mundo griego, pero capaz de incorporar y asimilar aspectos culturales de diversos orígenes. En su imagen, incluso la descolonización contemporánea resulta un producto de la difusión de los principios nacidos en Occidente.

La Historia, antigua y moderna, no se define como un desarrollo lineal, sino como contradictoria en su misma esencia vital. Predomina en la concepción del autor una cierta tendencia a ver repeticiones cíclicas, definidas como sucesiones de cierres y aperturas, en las que en general se impone la síntesis. Cree, en efecto, en la existencia de elementos humanos eternos y en que los cambios son sólo combinaciones de dichos elementos con predominios alternativos. La Europa moderna aparece así como una especie de nueva Grecia, dentro de ese desarrollo cíclico. Ello permite vislumbrar nuevas perspectivas de progreso, insertas en una concepción particular del presente. En medio de las diferentes explicaciones, en la obra siempre predomina la reflexión acerca de las relaciones entre pasado y presente, como ya hacía en su libro sobre *Historia de la democracia*.

Por ello no es propiamente un libro de Historia, sino la exposición de una teoría enunciada como intento de hallar una orientación en la complejidad histórica. En esta perspectiva, que afecta a la Historia como vivencia del presente y proyecto de futuro, tal como se enuncia en los propósitos de muchos historiadores actuales¹, el observador debe actuar como testigo imparcial externo.

Entre los desarrollos culturales que representan una revolución de la modernidad con respecto al pasado clásico, el autor reconoce que la actitud historicista es exclusiva del mundo contemporáneo. Ni griegos ni romanos inventaron una teoría de la Historia. Sólo las características del presente, a partir del hegelianismo, permiten la elaboración de dicha teoría. Por eso la obra se mueve entre estos parámetros, entre el protagonismo del clasicismo griego y la vivencia del presente considerado históricamente.

La contemplación de la Historia en sus detalles permite observar cuáles son las limitaciones del progreso, que sólo puede concebirse como una de las posibilidades del desarrollo, lo que define al autor como defensor de una teoría de la historia no determinista, contrariamente a los representantes del pensamiento progresista de la Ilustración. Las experiencias del siglo XX derrumbaron toda la construcción optimista de un mundo movido de manera lineal por el progreso. Éste está anclado en las tradiciones clásicas. Por ejemplo, el autor cree ver la herencia platónica en las ideas sociales de los tiempos modernos. Efectivamente, para él, es evidente por ejemplo la pervivencia de las ideas de la realeza como herencia platónica y luego estoica a lo largo de la Historia, en las concepciones que definen las condiciones del buen rey, entre el Imperio romano y el Renacimiento. Por lo demás, como él mismo se encuentra tan imbuido de las ideas predominantes en el pensamiento antiguo², resulta que su concepción de una moderna dictadura de la izquierda se parece mucho, como concepto, al de la tiranía del δῆμος de Platón, lo que revela cuáles son los rasgos del tono general de su análisis, del mismo modo que llama “democracia degenerada” a la que se inclina por la revolución social, al estilo del pensamiento predominante en la escuela socrática. También se refiere a las perversiones de los sistemas políticos,

¹ J. Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982.

² F. R. Adrados, *Palabras e ideas*, Madrid, 1992, con *Gerión*, 11, 1993, pp. 415-416.

como Aristóteles, y como él justifica las reacciones dictatoriales. En cambio, no se refiere a las limitaciones de la democracia actual que proceden del sistema social, como las que señalan Bowles y Gintis³, del mismo modo que muchas limitaciones de la democracia ateniense derivaban del sistema social clásico.

En el mundo clásico, sin embargo, es posible distinguir diferentes legados, que se han manifestado como predominantes en diversos momentos de la Historia, según las distintas opciones interpretativas. Desde Grote se ha reivindicado a figuras tradicionalmente olvidadas o relegadas, como los sofistas⁴. Para Adrados, en la misma línea, Tucídides está menos agotado que Platón, seguramente porque una percepción del tiempo más histórica y dinámica se adecua mejor a las formas de concebirlo de nuestros días⁵. Pero, en su teoría general, el autor parte de Spengler y Toynbee, a quienes les atribuye la introducción del concepto de cultura. En esa línea, Adrados no descarta el concepto de decadencia, que ya fue enunciado por Gibbon en relación con el Imperio romano. Pero en cambio se define claramente contrario a la teoría del "Final de la Historia". En gran parte, en esta disyuntiva está la clave de la dinámica que preside el libro.

En el desarrollo general del proceso histórico, en que los griegos aparecen como clave de la nueva teoría de la Historia, tras la crisis del Imperio romano, caracterizada como frenazo, se produce una nueva aceleración de la Historia de Europa, como nuevo acto de la cultura griega, que, a pesar de su aspecto procesual, no evoluciona de forma previsible, sino abierta, conflictiva, objeto de múltiples influencias, no lineal. Siempre existen varias posibilidades de futuro, en coincidencia con modernos teóricos de la Historia del tipo de Dosse⁶, con planteamientos menos lineales que los de los teóricos de la decadencia.

La nueva teoría define a los griegos como corte, donde se introduce el individualismo y el racionalismo. Por ello Adrados emplea la definición de algunas culturas como prehelénicas, aunque sean posteriores en el tiempo, porque el progreso puede proceder por movimientos aparentemente regresivos. No hay linealidad, sino transformaciones, que pueden incluso conducir a lo contrario, como resulta para el autor el caso del comunismo. A lo largo de la Historia del mundo clásico, la occidentalización puede definirse como helenización. Desde entonces queda un modelo único, que incorpora valores como democracia, ciencia y libertad, al mismo tiempo problemático e imprevisible. Por ello insiste el autor en que no todas las culturas son iguales.

³ S. Bowles, H. Gintis, *Democracy and Capitalism. Property, Community and the Contradictions of Modern Social Thought*, Nueva York, 1986.

⁴ Más recientemente, E. Cassin, « Consensus et création des valeurs. Qu'est-ce que'un éloge? », R.-P. Droit, ed., *Les Grecs, les Romains et nous. L'Antiquité est-elle moderne?*, París, 1991, pp. 273-299.

⁵ D. Plácido, «El tiempo, la ciudad y la historia en la Grecia clásica», *RDTP*, 59, 1, 2004, pp. 157-172.

⁶ F. Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, 1997

Entre ellas existe una tensión universalizadora, que sólo se ha plasmado realmente en la tradición griega en su desarrollo occidental.

Bernabé habla, en *Babelia* de 16 de diciembre, del carácter polémico del libro. Con respecto a la Antigüedad, la polémica tocaría aspectos de detalle. Entre las personas dedicadas al mundo clásico pueden existir discrepancias concretas, como las mencionadas acerca del papel de Platón o de los sofistas en la definición de los valores más significativos del clasicismo. Lo mismo puede decirse de las teorías generales de la Historia, sobre los conceptos de progreso o decadencia. En la Historia cultural, caben también discrepancias acerca del protagonismo del clasicismo, que algunos llegaron a considerar un “error” de la humanidad, por lo que ha tenido de fijación de cánones. Para otros, en cambio, el problema es inexistente, pues precisamente se trata de un clasicismo libre y no canónico, sobre el modelo sofístico más que sobre el platónico. En cualquier caso, es motivo de satisfacción tener la oportunidad de reflexionar acerca de todas las consideraciones que abran el debate sobre la cultura pasada y presente.

En definitiva, las múltiples reflexiones personales con interpretaciones muy impresionistas, bajo la idea eje del predominio de la cultura griega y occidental y de la crítica del multiculturalismo, consecuencia de la larga experiencia que produce la sabiduría⁷, no tienen por qué ser compartidas por todos, aunque partan de similares presupuestos. Aunque la “historia es la historia, los hechos son los hechos” (p. 670), también es cierto que los hechos sólo se hacen historia cuando se leen como tales y la lectura depende a su vez de la posición histórica del lector. El historiador, como Protágoras, sabe que hay diferentes verdades y que él tiene la obligación de tenerlas todas en cuenta para elaborar sus explicaciones históricas.

Sin duda, el desarrollo positivo de la Historia Universal se ha sostenido en la occidentalización, entendida como un concepto incluyente, no excluyente ni demonizante de las demás civilizaciones, con las que Occidente, si se cree en los aspectos positivos de la globalización, está condenado a entenderse y a intentar integrarlas, no sólo a colonizarlas. El nuevo Occidente debería caracterizarse por su espíritu integrador; sólo así tiene posibilidades de imponerse como heredero del clasicismo, a través de la integración de las culturas que Adrados llama prehelénicas. La simple occidentalización económica resulta sin duda fuente de progreso, pero, como el autor expone con gran claridad, la industrialización y el progreso de ciertos países se ven acompañados de efectos muy negativos. Resulta que están basados menos en los deseos de promoción y occidentalización cultural que en las nuevas formas de explotación que se derivan de la división internacional del trabajo unida a los aspectos negativos de la citada globalización. Se presenta aquí de nuevo la doble cara de un proceso histórico en cuya base se halla el progreso.

La cuestión estriba en averiguar si, en un mundo occidental con cierta dosis de relativismo, existen posibilidades de convivencia con corrientes de pensamiento que contienen programas inadmisibles, como el terrorismo o la discriminación por razo-

⁷ E. Goldberg, *La paradoja de la sabiduría*, Barcelona, 2005.

nes de género, dado que, al mismo tiempo, la llamada civilización occidental, heredera del clasicismo, ha alcanzado, sin duda a través de muchas luchas, a veces contra defensores de esa llamada civilización occidental, logros irrenunciables en favor de la convivencia entre los seres humanos y la justicia social. La discriminación entre géneros y el terrorismo deben abolirse, en cualquier civilización, y los defensores del clasicismo deben procurar que desaparezca, en virtud, no sólo de la defensa de su civilización, sino de lo que ésta contiene de universalismo. Un programa de convivencia de las civilizaciones debe contener la lucha por la eliminación de la injusticia. No se trata de imponer unas tradiciones clásicas que seguramente no pueden comprender todos, sino de difundir sus efectos más positivos, vinculados normalmente a la democracia. También les resulta en ocasiones difícil comprender el clasicismo a los mismos griegos de hoy, insertos en una especie de teocracia ortodoxa. Por eso es tan importante que en el libro se reconozca que el predominio de la tradición helénica está sometido a las tensiones derivadas de una gran cantidad de tradiciones culturales que, de hecho, no han protagonizado movimientos intelectuales como la Ilustración, verdadera acta de nacimiento de la vigencia de sus contenidos más universalmente apreciados, incluidos los que consisten en dar actualidad al clasicismo grecolatino.

Como partícipes de una cultura que históricamente ha alcanzado grados superiores de comprensión de las relaciones humanas, los miembros de las sociedades occidentales deberían tener en cuenta los consejos de Séneca a Nerón (*De clementia*, III 3, 6): *Non decet regem saeua nec inexorabilis ira, non multum enim supra eum eminet, cui se irascendo exaequat; at si dat uitam, dat dignitatem periclitantibus et meritis amittere, facit, quod nulli nisi rerum potenti licet; uita enim etiam superiori eripitur, numquam nisi inferiori datur.*

No es “antiintelectualismo”, sino todo lo contrario, defender la convivencia integradora, sin apoyar las civilizaciones que incorporen la represión, la violencia o la discriminación, pero sin reaccionar ante ellas con la violencia. Posiblemente es el mayor reto intelectual del presente, la defensa pacífica del relativismo, con la incorporación activa de los valores de la democracia y del progreso social.

El libro, en fin, contiene muchas impresiones difíciles de admitir, sobre todo cuando no se trata de análisis, sino de posiciones personales, ante el presente. Es notable la concepción de lo “políticamente correcto”, que al parecer hay que aplicar a las opiniones de izquierdas, ante las que “la mayoría calla”. Se ha dado de este modo la vuelta a la teoría de la “violencia simbólica” de P. Bourdieu⁸, que se refiere así a la imposición aparentemente pacífica de las ideas conservadoras en el mundo contemporáneo.

Por encima de discrepancias concretas, el libro, además de una exposición general de la Historia de las civilizaciones, con el protagonismo justificado del clasicismo griego, resulta una fuente de debate especialmente rica, sobre todo en los diferentes análisis de los aspectos del presente, para el que, al margen de cuáles sean para cada

⁸ Ver, por ejemplo, *Méditations pascaliennes*, París, 1997.

uno los lados negativos o positivos, la conclusión es que se trata de una sociedad dividida. La cuestión es si la esperanza se pone en la consolidación de la apertura o en un nuevo cierre. La novedad estriba en que la visibilidad del conflicto es hoy mayor que nunca y, por tanto, las posibilidades de su análisis e interpretaciones históricas, muy variadas. *El reloj de la Historia* es un ejemplo conspicuo de cómo las condiciones actuales de la vida intelectual permiten este nuevo tipo de profundización, pero también enseña cómo dicha profundización se arraiga necesariamente en el reconocimiento del protagonismo del mundo clásico.

D. PLÁCIDO

Universidad Complutense

HALEY, EVAN W., *Baetica Felix. People and prosperity in Southern Spain from Caesar to Septimius Severus*. Austin, Univ. of Texas, 2003. 277 pp.

El libro de Haley se centra en la definición socioeconómica de la provincia Bética durante el Principado. A la vez, pretende contribuir al debate actual sobre la caracterización de la economía antigua en general y del Imperio romano en particular. En ambos casos realiza aportaciones muy interesantes a partir sobre todo de la combinación de los datos arqueológicos y los epigráficos, cosa que ya de por sí tiene un valor notable en un ambiente académico como el nuestro en el que estos dos ámbitos de estudio tienden a estar parcelados. Pero, al mismo tiempo, plantea hipótesis que, aunque son enormemente sugerentes, no acaban de recibir el respaldo completo por parte del análisis propuesto y, sobre todo, no son generalizables. Gira el libro en torno a dos conceptos de cuya trascendencia en el análisis histórico el autor no se hace suficiente eco: “middle stratum” y “subsidized market economy”.

El trabajo se presenta como contribución a las visiones actuales sobre la economía antigua contrarias a la “New Orthodoxy” heredera en último término de la obra de M.I. Finley. Para ello se defiende que la economía bética durante el Principado se caracterizó por un constante crecimiento y aumento de la productividad en cuya base están tanto la concesión de privilegios jurídicos (coloniales, municipales y *ius Latii*) que incentivó a las élites locales a adoptar prácticas culturales romanas con el consiguiente aumento de su gasto de representación (privado y público), como las exigencias del Estado romano a través de la *annona* (mantenimiento del ejército y de la plebe urbana de la ciudad de Roma) que llevaron a configurar una “subsidized market economy”. La defensa de este crecimiento económico se basa principalmente en el análisis arqueológico sobre las formas de organización de la producción, con un interés centrado principalmente en los cultivos para la exportación, sobre todo el aceite. Sin embargo el libro no profundiza demasiado en las implicaciones que esta economía “subvencionada” tendría en el debate actual sobre la economía romana.

Si bien es difícil dudar de ese aumento progresivo de la producción (aunque sí de lo pertinente de definir este proceso como lo hace el autor), el otro argumento central del libro plantea otro tipo de problemas al resultar opuesto a la idea generalizada so-

bre las relaciones de desigualdad en las provincias urbanizadas. Según el autor este crecimiento económico del Principado benefició a una amplia masa de población, a un “middle stratum” – definido como tal sólo en sentido “heurístico” y reconociéndose su posible anacronismo – que podría corresponderse hasta con el 50% de la población. La afirmación de la existencia de una población bética mayoritariamente próspera y acomodada durante los primeros siglos del Imperio se basa, sobre todo, en la lectura y análisis prosopográfico de la epigrafía, incluyendo como un elemento de enorme relevancia los *tituli picti* de las ánforas olearias, puestos en conexión con los datos extraídos de los asentamientos rurales. Este análisis onomástico es muy sugerente y resulta enormemente interesante, pero hay que señalar de todos modos que el peso de la documentación anfórica hace que su importancia crezca en la argumentación en detrimento de otras fuentes de riqueza de este supuesto grupo social intermedio, como la propia producción cerámica o la explotación minera. Es de interés destacar que el autor considera que este grupo de comerciantes de productos agrarios mantenido, en gran medida, por el Estado no se identifica con las familias decurionales, puesto que están exentos de las liturgias. Se trata de un grupo privilegiado por su acceso a las infraestructuras del Estado, cosa que difiere enormemente de lo que ocurre en otras provincias en las que las riquezas comerciales se desarrollan al margen del Estado y bajo la iniciativa de las familias decurionales (lo que supondría una economía no subvencionada de enorme interés para la definición de esa economía de mercado imperial, aunque el autor no profundiza en esta diferencia).

El análisis arqueológico permite poner de manifiesto el aumento progresivo del número de asentamientos rurales, sobre todo a partir de los Flavios, y se presenta de una manera muy convencional, en apartados dedicados cada uno al aceite, vino, ganadería, textiles, metales, etc... El interés en las formas de ocupación del espacio y en los modelos de poblamiento es mínimo, y no se procede a un análisis general de la provincia y su posible diversidad regional. Esto resta mucha fuerza a la argumentación. Pero merece la pena destacar las reflexiones sobre dos formas alternativas de ordenación del poblamiento en relación con el papel de los núcleos urbanos. Estos modelos permiten superar la tradicional dicotomía ciudad- campo que en gran medida impera en los estudios sobre la economía y la sociedad provinciales, y proporciona alternativas rurales a las formas de organización de la producción. Junto al modelo municipal de *civitates* como Urso, Gades, Corduba, Astigi, Siarum, cuyos lugares centrales albergan a una población notable, el autor presenta otros casos como Obulcula o Iponoba. Éstos se caracterizan por tener unos núcleos centrales con muy poca población y con función fundamentalmente representativa, y un territorio rural densamente poblado. Para estos territorios el autor defiende un modelo de pequeñas explotaciones esclavistas opuesto a la visión generalizada de que las formas de explotación del territorio se centraron sobre todo en el arrendamiento. Así mismo, supone la presencia real de los propietarios en el ámbito rural, con lugares centrales meramente administrativos, como se desprende de los modelos de poblamiento antes descritos. Estos serían los grupos que conformarían ese “middle stratum” social y estarían reflejados en el comercio de productos agrarios a larga distancia.

Lo que no resulta demasiado convincente es la relación entre asentamientos rura-

les y *honesti/idonei*, ya sean o no decurionales, que forman parte de ese grupo social intermedio. Por poner un ejemplo, en la página 122 el autor hace unos cálculos a partir de algunos ejemplos particulares como Obulcula o el *municipium ignotum* de Alameda (Málaga). Llega a la conclusión de que en el territorio de estas comunidades habría unos 125 asentamientos. Dichas comunidades tendrían unos sesenta y tres decuriones más o menos (cifra correspondiente a Irni en el 91 d.C.). Estos, junto a los *iudices* no decurionales, los *honesti* y *honestae* ajenos al *ordo*, etc, serían los *possesores* o arrendatarios de esos 125 asentamientos que se distribuyen por el territorio. Estas afirmaciones plantean varios problemas. Por una parte, por la identificación mecánica de los asentamientos rurales con esa supuesta clase media. Por otra, por las dificultades de generalizar este modelo a la provincia.

Considero que el libro es una referencia ineludible para los estudiosos de la Bética provincial puesto que, aunque puedan ser discutibles muchas de sus afirmaciones, no cabe duda de que suponen un planteamiento original y sugerente sobre la economía y la sociedad provinciales. Hay que tener en cuenta, además, el hecho de que es este tipo de monografías son las que dan a conocer a escala internacional los resultados de las investigaciones regionales que, de otro modo, carecen lamentablemente de proyección más allá de los ámbitos locales. Es un acierto del libro su crítica a la idea de un mundo provincial subdesarrollado, con grandes masas de población en el umbral de la pobreza. Pero creo que el principal problema de la argumentación no es tanto considerar que pudiera haber un grupo social intermedio plenamente dedicado a una actividad comercial de productos agrarios, que parece bien fundamentado en el estudio onomástico, sino considerar que ese grupo, que no forma parte de la *plebs* pero tampoco de la élite social, constituye un porcentaje tan alto de la población provincial. El hecho de que el campesinado o el pequeño artesanado urbano o rural de época imperial no vivan en el umbral de la pobreza (como efectivamente se afirma en p. 176 y como es sabido en general a partir de los múltiples estudios sociológicos y arqueológicos sobre el campesinado) no los convierte directamente en clase media beneficiaria del sistema imperial. Así mismo la horquilla censitaria entre 5.000 y 200.000 sesteracios es, a mi juicio, demasiado amplia para definir un grupo social con una supuesta identidad de intereses. Por último, y en contacto directo con la definición de este grupo social, en el libro ni siquiera se plantea cuál puede ser el proceso de integración de las comunidades indígenas en este modelo de organización social. Bien es verdad que el interés del libro radica en el periodo central del Principado, y no tanto en el mundo republicano y Julio-Claudio, cuando se llevan a cabo los procesos de integración. Pero el propio autor indica que los *oppida* tradicionales sufren un proceso de abandono ante la implantación progresiva de ese modelo disperso de ocupación del territorio. Surgen así preguntas que tal vez sean de interés para matizar el modelo social propuesto. Las aristocracias locales ¿pudieron formar parte de este “middle stratum”? ¿Cuál era su relación con las élites coloniales y municipales? ¿Qué pasó con las comunidades dependientes?, ¿Conformaron esas *plebes* socialmente minoritarias?

INÉS SASTRE

Dpto. Arqueología, IH. CSIC.